

Sobre los durmientes

Se despertó sobresaltada. Miró su reloj despertador. La luz roja dibujaba las seis y media de la mañana. Se incorporó y mientras trataba de sosegar su respiración, sentada en aquel lugar que comenzaba a serle familiar, observó su cuerpo. Un sudor cálido había escrito en su piel, con frases desprolijas, la sensación que le provocó su último sueño.

Quiso entender más la causa de su desesperación ¿Por qué razón llevaba dos noches soñando lo mismo y despertándose asustada con el corazón entre las manos y los ojos colmados de lágrimas?

Trató de agudizar sus sentidos y comenzó a desentrañar la escena. Estaba en su habitación. La luz casi invisible del pasillo se había colado por la puerta entreabierta. Su gata, la que dormía habitualmente a los pies de la cama, no estaba. Seguramente había llegado a percibir la agitación de su dueña y decidió escapar ante el peligro refugiándose en algún otro lugar de la casa.

Cerró los ojos y trató de retener cada parte de su sueño como queriendo volver a transitarlo pero ahora despierta. Sabiendo que ya no había qué temer ni por qué combatir con el desconuelo saboreado en su garganta minutos antes de saberse a salvo.

Quiso descifrarlo. Buscarle alguna conexión con experiencias vividas el día anterior o con los miedos callados en su memoria. Trató de revivir cada imagen, cada sonido, cada aroma, cada sensación...

Después de unos instantes de ceguera y silencio absolutos las imágenes comenzaron a llegar y la asaltó el recuerdo nítido de los últimos segundos de su sueño...

"...Un tren. Una joven sentada junto a la ventanilla mirando hacia la nada, perdida en sus pensamientos. Una brisa calentita, mezcla de perfumes diurnos y fragancias florales veraniegas. Un amanecer cualquiera sobre los durmientes de un lugar conocido, mil veces frecuentado. El sonido del tren fundido al de una guitarra criolla que tararea una canción difícil de entonar, cuatro o cinco asientos más atrás.

De repente, el paisaje despoblado se transforma en un andén rutinario. El sonido del tren deteniendo su paso ligero. Un grito desgarrador de voz familiar proveniente desde afuera. Un grupo de pasajeros llenos de estupor por la sorpresa. Un tiempo de agujas muertas por el asombro y el miedo. Un golpe atormentado, estridente, sonoro y, por último, la invasión de un silencio de muerte..."

Cerró sus ojos. Rodeó su cabeza con las manos apartando su cabello suelto. Luego lo enroscó y atravesó con un lápiz que estaba en su mesa de luz marcando la última página de su lectura nocturna. Pensó que debía tranquilizarse. Tenía que ser tan solo un sueño. No podía, una experiencia onírica, quitarle la cordura. No debía permitírselo.

Pero sus pensamientos en busca de tranquilidad fueron abriendo paso a un deseo irrefrenable de buscar a su madre. Ella debería estar descansando como siempre en una habitación contigua. No sabía por qué razón teniendo esta certeza sentía tal perturbación. Esta vez no era igual a la anterior porque un presentimiento le amargó la garganta. Un mal presagió la movilizó, la atravesó.

Mientras desandaba los pasos que las separaban, su corazón latía tan fuerte que parecía retumbar y atravesar sus oídos, todo su cuerpo. Fue a verla con el mismo temor que una madre va a ver a su hijo enfermo. Fue a verla rogando que estuviera allí, como siempre, sonriendo mientras dormía. Fue a buscarla con la ilusión de que, como en la noche anterior, estuviera descansando y este fuera una vez más, tan solo un mal recuerdo.

Abrió la puerta de la habitación y vio la cama descubierta. Sondeó el lugar, cual policía, intentando develar indicios que la llevaran hasta la mujer ahora perdida, tantas veces extraviada. Sus ojos se llenaron de lágrimas mientras su voz comenzó a llamarla a gritos. Pensó que quizá podría estar en el baño o en la cocina. O quizá había olvidado una vez más la realidad en la que vivía y había emprendido otro de sus viajes de ensueño.

Porque hacía ya un tiempo que ella pensaba más en lo que había hecho ayer que lo que tenía que hacer mañana. Hacía un tiempo que acostumbraba ojear álbumes con fotos viejas y preguntaba quiénes eran los que estaban a su lado en esas imágenes amarillas ¡Hasta el nombre de sus padres se olvidó un día! Su enfermedad la fue convirtiendo en una niña mansa, tierna y cariñosa; y fue borrando a la mujer grande y cautivadora que fue su madre.

Desesperada salió a buscarla por la casa y encontró la puerta de entrada abierta. Su respiración se entrecortó agitada y sus piernas comenzaron a correr rápidamente hacia la vereda. El frío fresco de aquella mañana le erizó la piel pero el miedo le paralizó aún más los sentidos cuando, observando hacia un lado y el otro, lo único que encontró fue silencio y soledad en aquella mañana de enero.

No había rastros de su compañera de paseos por las tardes. De aquella con la que emprendían un camino de la mano madre e hija de roles cambiados. La mujer encorvada le decía a la joven solitaria que la tomara de la mano y que nunca la soltara porque tenía miedo de perderse... ¿Cómo podría alguien perderse de nuevo si ya estaba perdido hacía tiempo?

Volvió hasta la casa en busca de algo que le permitiera entender la mente de su madre enferma. Un dato que le dijera dónde podría su pensamiento de niña volar esta vez.

Tenía que actuar rápido. El tiempo siempre fue su enemigo. Desde que el alzhéimer vivía con ellas los días nuevos se transformaron en viejos, la mujer mayor en hija y la joven en madre.

Abrió el placard de su compañera de vida y miles de papelitos pequeños, adheridos a sus paredes, decoraban las puertas. Parecían como notitas aisladas de eventos de su vida diaria, mezclados con recuerdos que no quería olvidar. Era como un empapelado de colores que gritaban frases que cualquier persona suele escuchar en su mente y que ella, al no poder retenerlas en su memoria, las había escrito. Y por vergüenza o para no preocupar a su hija, las tenía escondidas tras las puertas de su placard.

Los ojos de la joven se encendieron cuando, al volver el tiempo atrás, recordó que la última tarde, mientras con su madre paseaban por la ancha avenida, ella le había dicho - ¿Ya son las siete? Me esperan en el primer andén. Tengo que reencontrarme con mis hermanos ¿Me acompañarías? ¡Por favor!

Su madre era italiana. Había llegado a América escapando de la pobreza y las enfermedades que habitaban un territorio en ruinas a causa de la guerra. Sus pequeños pies tocaron tierra en el puerto de Buenos Aires hace muchas décadas.

Viajó desde Europa con sus hermanos y padres, pero al llegar a la Argentina, la necesidad los obligó a separarse. Una parte de su familia se quedó en la capital y el resto, incluyéndola a ella, se vino a Mendoza en tren; porque Petra, su madre, tenía unos familiares dueños de fincas y allí seguramente habría trabajo para la familia.

Se instalaron en el departamento de Maipú, cerca de la bodega Giol cuando las calles eran de tierra y la gente se trasladaba caminando o en sulqui. Cuando no había ni luces, ni televisores y la gente se hablaba mirándose a los ojos y a través de una pantalla.

Vivieron una infancia y juventud felices, aunque siempre Emma recordaba el adiós de sus hermanos con el corazón ceñido al alma ¿Qué habría sido de ellos? ¿Por qué razón nunca consiguió hallarlos ahora que las comunicaciones habían acercado al mundo?

Un augurio oscuro la sacudió ¿Será que su madre iría a la estación de trenes y de allí emprendería un viaje sin brújula ni tiempo? ¿Será que la mujer niña estaba punto de darle cuerda a su reloj y revertir el camino de las agujas hacia atrás para intentar evitar el abandono de sus hermanos? Aquel evento en su historia familiar que nunca logró perdonar a sus padres.

Salió de prisa en busca aquella niña con cuerpo de anciana y ojos de ensueño. La estación quedaba a unas cuadras. Corrió mientras sus lágrimas gritaban mil te quiero y pedían mil perdones. Su mente no paraba de reprocharle cuántas veces debió ayudarla para cerrar esa herida y cuántas otras no se tomó el tiempo para acompañarla en ese viaje ¿Será que ya era hora de dejar que esa niña volviera a su tierra? Al menos por un instante. Al menos en un sueño...

Llegó casi sin aliento. El alba ya bañaba con su luz tenue los bancos y techos de aquella estación. La gente esperaba el tren de las siete. No había mucha, pero cada uno estaba en su mundo, perdido tras la luz que irradiaban aquellos aparatos pequeños que les condicionan la vida. Por esa razón, quizá, no vieron pasar a la niña. Por esa razón, quizá, no vieron que aquella mujer estaba a punto de tomar su último tren y no presintieron que ese era su último adiós.

Finalmente los ojos de la verdadera hija la hallaron. Allí la encontró hablando con el silencio. Susurrándole palabras dulces y regalándole sonrisas tiernas. Caminaba despacito por los durmientes, mientras su mano agarraba tiernamente una mano imaginaria quizá la madre de su madre, quizá la de su abuela...

Vio el tren que venía en dirección a ellas. La desesperación la invadió por completo. Corrió para acercarse a aquella dulce imagen que había observado y disfrutado hace unos segundos y lo único que alcanzó a decirle fue... mamá!!!!

Su grito resonó como un estruendo triste y resignado. Pero aquella mujer de rostro envejecido y alma inocente ni siquiera dudó. Pareciera que nunca escuchó aquella súplica y, cerrando sus ojos, continuó el camino que dibujaban los durmientes en contra de aquella máquina feroz.

Un segundo antes del impacto su madre volvió a acariciar el presente, abrió los ojos, levantó su mano en señal de adiós, como si por un instante fugaz, la hubiese alcanzado a reconocer y le regaló su última sonrisa.

Después se escuchó un fuerte golpe. Una guitarra calló sus acordes y una joven que viajaba en el tren con la mirada perdida, se sobresaltó.